

- Ved que ese hombre no los vale.
 —Sí, pero la accion de poner á un reo en libertad, es algo.
 —Bien, cobrad en la plaza esta libranza por medio del capitán del buque y partid.
 —Convenido.
 La lancha siguió hasta tocar la orilla, dejando en tierra á Lino el Mulato y á la gitana.

CAPITULO VII.

DENUNCIA.

I.

El señor rector del colegio de San Nicolas, cura de Dolores, habia salido de su feligresía en direccion á Querétaro, y pasaba á la sazón por la Villa de San Felipe.

Los repiques á vuelo y los cohetes anunciaban que el antiguo párroco de la Villa entraba en la poblacion, y pernoctaba allí donde sus buenos amigos y feligreses le preparaban alojamiento.

Todos los muchachuelos de la Villa, los campesinos que tornaban de sus labores, y las mujeres, salian á su encuentro á besarle la mano.

El cura cargaba á los niños, decia palabras de cariño á las madres, y gastaba bromas con los aldeanos.

—Señor cura, decia una aldeana, ya el ahijado de su merced sabe rezar el *Padre Nuestro*.

—Bien, hija mia; ahora es necesario que aprenda á leer. Y qué hace tu marido? en qué se ocupa?

—En la labranza.

- Y qué tal van los sembrados?
- Perfectamente; pero se trabaja mucho.
- No olvidéis que el hombre está destinado á regar la tierra con el sudor de su frente, y que el sudor es la sangre.---- la sangre, murmuró el párroco.
- Se os extraña mucho, señor cura; ya la música del pueblo está incompleta, falta un clarinete.
- Yo enviaré á un buen músico por acá. Y no han seguido en la escoleta?
- No, señor, desde que su merced se separó, todo se halla abandonado.
- Es necesario *despertar á los que duermen*.
- Toda la animacion de otros dias ha desaparecido, vos érais el alma, ahora estamos tristes.
- Ya os alegrareis mas tarde.
- La cuaresma, señor cura, nos ha costado muchas lágrimas; figúrese su merced, que el vicario nos ha dicho que todos nos hemos de condenar.
- No le hagais caso al padre vicario, que no sabe lo que se dice: Dios es siempre grande y misericordioso: no penseis mas en el infierno.
- Como que he estado tan preocupada, que ya les veia cuernos á todos mis amigos.
- Mi mujer dice tonterías, señor cura.
- Hola, Julian! por qué no me has ido á ver?
- He estado en la siembra; pero tengo algo que contar al señor cura.
- Bien! bien! decia Hidalgo atravesando entre la multitud. El cura de San Felipe y el vicario salieron al encuentro del párroco.
- Hola, señores compañeros! ya me teneis aquí por un dia.
- Señor cura, tenemos un gran placer en que permanezcáis en la Villa, y sentimos que vuestra estancia sea de tan corta duracion.

- Cuando se está entre buenos amigos, sucede siempre lo mismo.
- Muchacho! gritó el vicario, toma los caballos; y vosotros despejad y no molesteis al señor cura.
- Dejadlos, son mis antiguos feligreses, y yo los quiero á todos: figuraos que he visto nacer á todos estos mozos; y las muchachas qué guapas están! ya es necesario que se casen; el hombre y la mujer, toda vez que se encuentran aislados, son plantas sin fruto, como esas jaras que se encuentran en los caminos, nidos de víboras y de reptiles. El hombre está llamado á su destino, que es la familia, la educacion de los hijos; vamos, que estas muchachas no lo harán mal.
- Las muchachas se cubrian el rostro con sus *rebozos*.
- El cura de San Felipe, queriendo echarla de culto, dijo con énfasis:
- El señor cura Hidalgo dice muy bien, el hombre que no tiene familia es un pecador, y los pecadores, segun la epístola de San Judas, *son nubes sin agua*.
- Pues de qué otra cosa habian de ser? observó Hidalgo.
- Los aldeanos, aunque ignorantes, estaban al tanto de aquella pregunta.
- El cura de San Felipe no supo qué responder.
- Os he dicho, gritó el vicario, que os vayais; el señor cura tiene que rezar el Oficio Divino.
- Puede quedarse esa gente, yo hace mucho tiempo que no lo rezo.
- Como yo soy predicador, dijo el cura de San Felipe tratando de contemporizar con Hidalgo, desearia dispensar del rezo á todos los de la órden.
- Pues yo, dijo Hidalgo, dispensaria á los del *coro* y á los de *fuera*.
- El vicario estaba en áscuas.
- Toda la gente reia al ver al párroco y vicario desesperados con las palabras de Hidalgo.

—Sé, dijo el vicario, que pernoctásteis en la hacienda del Cubo.

—Sí, y qué diferencia entre aquella gente y esta! no parece sino que se *han olvidado de su fin*.

Las palabras de Hidalgo formaban una continua reticencia, parecia que todas ellas eran la emanacion de la idea que abrigaba en su cerebro, y cuya luz ya no cabia dentro su cráneo.

II.

Dispersóse la multitud y el cura se entró en la sala, donde habia una especie de tertulia; pero toda de eclesiásticos.

Fray Joaquin de Huesca, Mercenario y lector de filosofía, hombre ignorante y tonto por añadidura, lleno de ínfulas y con un gran caudal de latinajos, propios de la educacion de entonces.

Fray Manuel de Estrada, Mercenario tambien y predicador, finchado y petulante, ergotista y sábio en cánones y libros santos, perspicaz, malicioso y lleno de pretensiones.

El padre Cipriano Pontolongon, á quien ya conocen nuestros lectores, era tambien individuo de la reunion.

Los tres presbíteros se acercaron respetuosamente á Hidalgo, que los saludó con la mayor afabilidad.

Sentáronse los seis eclesiásticos, y el padre Cuenca, queriendo llevar la voz con su jactancia de hombre sábio, dijo al cura Hidalgo:

—Ya sabeis, señor cura, la gran conquista que ha hecho la Inquisicion.

—Hace tantas y todos los dias, señor, que ya no me extraña.

—Es que se trata de la conversion de un judío.

—De la conversion de un judío?

—Nada menos que de la de Rafael Gil Rodriguez.

—Pues no la creais, reverendo padre, porque ha de haber sido simplemente de *boca*.

—Y por qué lo dudais, señor Hidalgo?

—Porque ningun judío que piense con juicio se puede convertir, pues no consta en ninguno de sus textos la venida del Mesías.

El fraile Cuenca dió tal salto, que la silla crujió como si se fuera á desbaratar.

Hidalgo, como todo hombre sábio, jugaba con los ignorantes, poniéndoles argumentos y dificultades que estaban fuera de su inteligencia.

Los frailes Cuenca y Estrada, eran rutineros en la escuela teológica, enteramente profanos en historia, así es que Hidalgo los desesperaba, sin que ellos pudieran romper los hilos de acero en que los envolvía.

—Isaías lo dice claramente en su texto, gritó Estrada encendido en cólera: *Ecce Virgo concipiet et pariet*.

—Reverendo padre, á que no me enseñais esa palabra en el texto, sin otra voz hebrea que no sabreis traducir?

—Ya tendré á mano mis autores y os contestaré; por ahora permitidme que os diga que lo que decís es una heregía.

—No os asusteis, reverendo padre.

—No es que me asuste, es que temo el castigo que Dios puede darme en el mundo, por escuchar semejantes cosas, y el que se aguarda en la eternidad.

—Pues reverendo padre, os aconsejo que desecheis la mitad de vuestros temores, porque Dios no se ocupa de enviarnos castigos temporales.

Fray Joaquin de Cuenca se tiró del copete con desesperacion.

—No es artículo de fe, reverendo padre, y solo es propio de la ley antigua ese castigo como el de las siete plagas.

—Pero señor Hidalgo, os atreveréis á negarme la epístola de San Pablo á los Corintios: *ideo inter vos multi imbeciles*----

—Eso sí me parece auténtico.

Hidalgo tenía desesperados á sus contertulios.

—Hemos alcanzado unos tiempos de corrupcion escandalosos, dijo Estrada.

—Sí, repuso el cura Hidalgo; tiempos de barbarie y de fanatismo horribles, me parece la época en que un Papa, cuyo nombre no recuerdo, envió á dos gañanes como representantes á un concilio; segun el gobierno que rige hoy nuestra Iglesia, nada hemos aventajado. Ya veis que plaga de ignorantes; verdaderamente se hace necesario extirparlos como á los hereges. Ya veis en Roma, se han permitido canonizar á Gregorio VII, al pontífice que causó mas males á la Iglesia con su ignorancia, que todos los cismáticos y enemigos de la Iglesia católica: ese pontífice debería estar en----

—Vámonos, padre Cuenca, vámonos, el señor Hidalgo tiene ideas tan extraviadas que no podemos ni entrar en discusion; seria bueno ponernos esta misma tarde en camino.

—Señores compañeros, dijo Hidalgo, no es motivo para molestarse, se trata de argüir solamente.

—Bien, eso es otra cosa.

—Deseaba probar vuestros talentos y quedo muy satisfecho. Los dos frailes se arrellanaron en sus hábitos y tomaron asiento.

—No creais, señor cura, que nos molestamos, hace mucho tiempo que soy lector de filosofía y estoy acostumbrado á estas disputas que sirven para robustecer la fe.

—Es verdad, ya estamos hechos, repitió Estrada con énfasis.

—No hace mucho, prosiguió Cuenca, leíamos aquí al señor cura de San Felipe y su digno vicario, algo de la madre Agueda.

—Dios mio! exclamó Hidalgo, os ocupais de las locuras de esa mujer?

—Estais de broma, señor Hidalgo, la madre Agueda es una verdadera inspirada.

—Sí, una ilusa, seguramente la reverenda señora llevaba al-

gunos dias de ayuno y privaciones cuando escribió su libro; creedme, reverendos padres, la debilidad produce cuentos sumamente divertidos.

—Hablemos de otra cosa, señor Hidalgo, me haceis mucho mal á los nervios con vuestras observaciones, aunque sean para probar nuestro talento.

El cura de San Felipe, para cortar la conversacion, llevó al cura Hidalgo al comedor para que tomara algo antes de cenar.

Hidalgo notó la presencia del padre Pontolongon.

—Hola! señor presbítero, ya estais aquí? parece que me venís siguiendo la pista; vamos, que vuestra compañía me hace mucha gracia.

—Señor---- la casualidad---- la---- el----

—Bien, padre Pontolongon, ya hablaremos mas despacio.

—Estoy á vuestras órdenes, señor cura.

III.

—Yo me ahogo, gritaba el padre Cuenca agitando sus hábitos, ese hombre es un herege de los principales, yo he traslucido en sus palabras mucho, lo que se entiende mucho!

—Sí, y muchísimo, exclamó fray Manuel Estrada; ese cura es un corrompido, un herege, un demonio!

—Es necesario tomar medidas muy serias.

—De eso se trata, dijo el padre Pontolongon, ya le tengo un expediente, que le costará mucho trabajo----

—Sí, sí, haceis bien, es necesario atajarle en el camino; figuraos que al pueblo de Dolores le llaman: "la Francia chiquita;" porque allí todo el mundo es igual, todos se *tutean*, y no obedecen *rey* ni *roque*..

—Ya eso es escandaloso, infame, subversivo.

—Vos que estais á su lado, decidnos algo.

—Qué de abominaciones y heregías! exclamó el antiguo maestro de aposentos.

—Y es cierto que hay un desórden horrible en el curato?

—Ni me preguntéis; figuraos que este señor cura le da asilo á la canalla, protege á lo mas perdido de la poblacion, recoge á quanto huérfano se le viene á las manos, y por ese órden anda la danza que es una gloria!-----

—Seguid, seguid.

—Pues reverendos padres, el señor Hidalgo trae un teje maneje espantoso; cultiva los gusanos de seda, hace vino *in oculis*, diciendo, que donde Dios ha puesto las uvas, ahí se debe hacer el vino.

—Eso es un atentado contra el rey nuestro amo.

—Evidentemente.

—Ha puesto fábrica de porcelana, y la plebe, la brosa, la canalla, toda se encuentra en esas fábricas; ya os he dicho que el cura manda mas que su magestad.

—Lo dicho, es un revolucionario.

—Y luego, continuó con mas entusiasmo el padre Pontolongon, hace bailes los domingos y permite que se jueguen cartas; en fin, consiente al populacho que----- un dia va á tronar el pueblo de Dolores como una bomba.

—Y tronará, gritó el padre Cuenca, como un triquitraque, ese será el dia de la venganza del Señor.

—Procedamos sériamente, reverendo padre, dijo Estrada, acusemos en toda forma á ese réprobo.

—Bien, me parece que basta la conversacion que acabamos de tener para denunciarle como á herege y cismático.

—Soy de la misma opinion.

—Pues escribid, reverendo padre.

El padre Pontolongon, consecuente con sus antiguas mañas, *espío* por la cerradura.

—Están muy entretenidos, podemos escribir sin cuidado.

—Pues á ello, reverendos padres.

Los frailes Cuenca y Estrada redactaron á su sabor la denuncia.

El padre Pontolongon puso tambien de su caudal quanto le vino á su obtusa imaginacion, y el pliego fué dirigido al señor comisario de Valladolid.

El cura Hidalgo volvió á la sala, entonces tuvo una conversacion séria con sus contertulios y estos admiraron la suma de conocimientos que revelaba aquel hombre extraordinario.

Hidalgo ejercia cierta fascinacion en quienes lo escuchaban.

—Es enteramente peligroso, pensaban los frailes.

Hidalgo habló de sus moreras, de sus fábricas y de lo adelantados que estaban sus colonos.

—A propósito del gusano de seda, deseáramos, señor Hidalgo, que nos enviáseis algunos por acá, tenemos mucho empeño en el cultivo.

—Soy de vuestra opinion, pienso traerlos muy pronto una *gusanera* muy regular.

—Os lo agradecerémos.

—Os dejo, señores, porque estoy invitado esta noche para una diversion de familia: mis antiguos feligreses han dispuesto un baile y pienso pasar algunas horas con los muchachos.

Cuenca y Estrada se dieron una mirada de basilisco.

—Id en buen hora señor cura, y divertíos; nosotros vamos á rezar el Oficio Divino.

—Haceis muy bien, yo me voy á divertir.

El cura salió precedido de un indiano que llevaba un farolito.

—¡Miserables! murmuraba Hidalgo, siempre la máscara de la hipocresía----- ignorantes!----- han hecho de los hombres un rebaño de ovejas, han opiado á tres generaciones----- ya despertarán, y entonces----- entonces-----

Detúvose el eclesiástico embebido en sus pensamientos, y despues de algun tiempo notó que su guía le aventajaba una gran distancia.

—Vamos, que estoy preocupado, mañana estaré en Querétaro.... estoy seguro que algo importante debe resolverse.... estas cosas cuanto mas prontas son mejores.

El ruido de la música y el resplandor de las teas lo hizo volver en sí de su abstraccion.

—Viva el señor cura!.... Viva el señor Hidalgo! gritaban los muchachos saltando por encima de las luminarias.

El cura entró en la sala del baile, los hombres todos y los aldeanos salieron á su encuentro, viendo con respeto y veneracion al párroco de Dolores, en cuya frente veneranda resplandecia un mundo de esperanzas y de cuyos labios salian siempre voces de consuelo y misericordia.

Aquel hombre se preparaba con anticipacion, venia haciendo una carrera de popularidad, venia señalando de antemano á sus soldados y formando esa gran cruzada que atravesaria el glorioso camino de la revolucion, esa via luminosa que lleva á un pueblo á las remotas playas de su independenciam.

IV.

Ya entrada la noche, un clérigo montado en una mula, salia de San Felipe rumbo á San Miguel el Grande.

Era el padre Pontolongon, el espía del cura Hidalgo que le seguia como su sombra.

CAPITULO VIII.

LAS MISIONES.

I.

En una de las casucas que están situadas á orillas del rio de la poética ciudad de *San Miguel el Grande*, estaba una jóven desnudando á un chiquillo de cuatro años, hermosísimo, con una cabellera rubia que flotaba sobre sus desnudos hombros.

El chico acariciaba á la madre, mientras esta le acababa de despojar de sus vestidos para llevarlo á bañar á la corriente.

—Vamos, Gabriel, estate sosegado, que ya me importunas.

—Pues acaba pronto, mamita, que ya tengo deseo de entrar á la agua.

—Pues no te muevas tanto, que van á saltar los botones.

El niño queria escaparse de los brazos y pugnaba por desahirse.

—Félix, gritó la madre, dí á este muchacho que se sosiegue.

De la pieza interior salió un jóven como de treinta y ocho años, con toda esa energía que da á las facciones la edad en su época mas brillante.